



16

diciembre

Domingo III de Adviento
(Ciclo C) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Eres la alegría del Señor

Lectura de la profecía de Sofonías 3, 14-18a

¡Grita de alegría, hija de Sión! ¡Aclama, Israel! ¡Alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén! El Señor ha retirado las sentencias que pesaban sobre ti y ha expulsado a tus enemigos. El Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti: ya no temerás ningún mal.

Aquel día, se dirá a Jerusalén: ¡No temas, Sión, que no desfallezcan tus manos! ¡El Señor, tu Dios, está en medio de ti, es un guerrero victorioso! El exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor y lanza por ti gritos de alegría, como en los días de fiesta.

Palabra de Dios.

SALMO Is 12, 2-3 4abc. 5-6

R. *¡Aclama y grita de alegría,
porque es grande en medio de ti el Santo de Israel!*

Este es el Dios de mi salvación:
yo tengo confianza y no temo,
porque el Señor es mi fuerza y mi protección;
él fue mi salvación.

Ustedes sacarán agua con alegría
de las fuentes de la salvación. **R.**

Den gracias al Señor, invoquen su Nombre,
anuncien entre los pueblos sus proezas,
proclamen qué sublime es su Nombre. **R.**

Canten al Señor porque ha hecho algo grandioso:
¡que sea conocido en toda la tierra!

¡Aclama y grita de alegría, habitante de Sión,
porque es grande en medio de ti
el Santo de Israel! **R.**

El Señor está cerca

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Filipos 4, 4-7

Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios.

Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús.

Palabra de Dios.

ALELUIA.

Aleluia.

El espíritu del Señor está sobre mí,
él me envió a evangelizar a los pobres.

Aleluia.

EVANGELIO

¿Qué debemos hacer?

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 3, 2b-3.10-18

Dios dirigió su palabra a Juan Bautista, el hijo de Zacarías, que estaba en el desierto. Este comenzó a recorrer toda la región del río Jordán, anunciando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados.

La gente le preguntaba: «¿Qué debemos hacer entonces?»

El les respondía: «El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tenga qué comer, haga otro tanto.»

Algunos publicanos vinieron también a hacerse bautizar y le preguntaron: «Maestro, ¿qué debemos hacer?»

El les respondió: «No exijan más de lo estipulado.»

A su vez, unos soldados le preguntaron: «Y nosotros, ¿qué debemos hacer?»

Juan les respondió: «No extorsionen a nadie, no hagan falsas denuncias y conténtense con su sueldo.»

Como el pueblo estaba a la expectativa y todos se preguntaban si Juan no sería el Mesías, él tomó la palabra y les dijo: «Yo los bautizo con agua, pero viene uno que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de desatar la correa de sus sandalias; él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene en su mano la horquilla para limpiar su era y recoger el trigo en su granero. Pero consumirá la paja en el fuego inextinguible.»

Y por medio de muchas otras exhortaciones, anunciaba al pueblo la Buena Noticia.

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion Domingo III de Adviento (C)

(Domingo 16 de Diciembre de 2018)

Entrada:

En este tercer domingo de Adviento la liturgia nos invita a la alegría del espíritu con la célebre exhortación del apóstol san Pablo: “*Alegraos siempre en el Señor... el Señor está cerca*”, y que no está reservada sólo a nosotros: es un anuncio profético destinado a toda la humanidad y de modo particular a los más pobres, en este caso *a los más pobres en alegría de no conocer a Cristo y su Evangelio de salvación.*

Primera Lectura:

Sof 3,14-18a

Jerusalén grita de alegría y se regocija de todo corazón pues el Señor está en medio de ella.

Salmo 12

Segunda Lectura:

Flp 4,4-7

El apóstol de los gentiles invita a los cristianos de Filipos a alegrarse en el Señor que está cerca.

Evangelio:

Lc 3,10-18

San Juan Bautista exhorta a la conversión y a obrar con rectitud aguardando la venida del Salvador.

Preces:

Hermanos, oremos por nuestras necesidades al Padre, que en Jesucristo cumplió las fieles promesas hechas a sus siervos.
--

A cada intención respondemos cantando:

*Por las intenciones del Santo Padre, especialmente para que en esta Navidad los Pueblos reconozcan en el Verbo Encarnado la luz que ilumina a toda la humanidad, y las Naciones abran las puertas a Cristo Salvador del mundo. Oremos.

*Por todas las actividades que se realizan en las parroquias en este tiempo de preparación ante la inminente celebración del Nacimiento del Redentor, sobre todo para que las almas se acerquen al sacramento de la reconciliación. Oremos.

*Para que nuestra Patria revitalice en estas fiestas de Navidad el amor por la vida de cada ser humano y sepa mantener su empeño cristiano en medio a las constantes contrariedades del mundo. Oremos.

*Por la unidad de los cristianos, en todo los ámbitos de nuestra vida, en las familias, comunidades religiosas, en las parroquias, para que este testimonio de unidad ayude a creer a todos los que buscan a Dios, especialmente en este tiempo de conversión y de esperanza. Oremos.

* Por todos nosotros, por nuestros familiares y bienhechores, para que sepamos estar siempre alegres manifestando a quienes nos rodean que solo Cristo es la luz, el sentido, la esperanza de nuestra vida y de la historia del hombre. Oremos.

Padre bueno, que quienes nos alegramos en la esperanza recibamos de tu bondad lo que en la oración expresamos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Ofertorio:

Mientras todo nuestro gozo consiste en la espera ansiosa de la llegada del Señor nos ofrecemos haciendo eucarística nuestras vidas.

Presentamos:

- * **Cirios**, y nuestra intención de que la luz de la fe llegue a todos los pueblos que aún no conocen a Cristo.
- * **Pan y vino**, dones que recibimos del mismo Dios para que se transformen en la Víctima, Jesucristo Nuestro Señor.

Comunión:

Jesucristo en la Eucaristía nos devuelve la alegría en la certeza de saber que Él es nuestra salvación y nuestra vida. Acerquémonos con filial confianza y pidámosle que transforme toda nuestra vida en El.

Salida:

Que María, Madre del Señor, nos ayude a entregarnos, con humildad y valentía, para que el mundo acoja a Cristo, que es el manantial de la verdadera alegría.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Tercer domingo de Adviento (C)

CEC 30, 163, 301, 736, 1829, 1832, 2015, 2362: el gozo

CEC 523-524, 535: Juan prepara el camino al Mesías

CEC 430-435: Jesús, el Salvador

- 30 "Se alegre el corazón de los que buscan a Dios" (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti (S. Agustín, conf. 1,1,1).

- 163 La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

- 301 Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza:

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida (Sb 11, 24-26).

736 Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza"(Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

1829 La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión:

La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín, ep. Jo. 10,4).

1832 Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Gál 5,22-23, vulg.).

2015 El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce (S. Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

II LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA Y DE LA VIDA OCULTA DE JESUS

Los preparativos

522 La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento tan inmenso que Dios quiso prepararlo durante siglos. Ritos y sacrificios, figuras y símbolos de la "Primera Alianza"(Hb 9,15), todo lo hace converger hacia Cristo; anuncia esta venida por boca de los profetas que se suceden en Israel. Además, despierta en el corazón de los paganos una espera, aún confusa, de esta venida.

523 San Juan Bautista es el precursor (cf. Hch 13, 24) inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino (cf. Mt 3, 3). "Profeta del Altísimo" (Lc 1, 76), sobrepasa a todos los profetas (cf. Lc 7, 26), de los que es el último (cf. Mt 11, 13), e inaugura el Evangelio (cf. Hch 1, 22; Lc 16,16); desde el seno de su madre (cf. Lc 1,41) saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser "el amigo del esposo" (Jn 3, 29) a quien señala como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Precediendo a Jesús "con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio (cf. Mc 6, 17-29).

524 Al celebrar anualmente la liturgia de Adviento, la Iglesia actualiza esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda Venida (cf. Ap 22, 17). Celebrando la natividad y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: "Es preciso que El crezca y que yo disminuya" (Jn 3, 30).

535 El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba "un bautismo de conversión para el perdón de los pecados" (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. "Entonces aparece Jesús". El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es "mi Hijo amado" (Mt 3, 13-17). Es la manifestación ("Epifanía") de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

Artículo 2 "Y EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR"

I JESUS

430 Jesús quiere decir en hebreo: "Dios salva". En el momento de la anunciación, el ángel Gabriel le dio como nombre propio el nombre de Jesús que expresa a la vez su identidad y su misión (cf. Lc 1, 31). Ya que "¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?" (Mc 2, 7), es él quien, en Jesús, su Hijo eterno hecho hombre "salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21). En Jesús, Dios recapitula así toda la historia de la salvación en favor de los hombres.

431 En la historia de la salvación, Dios no se ha contentado con librar a Israel de "la casa de servidumbre" (Dt 5, 6) haciéndole salir de Egipto. El lo salva además de su pecado. Puesto que el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios (cf. Sal 51, 6), sólo el es quien puede absolverlo (cf. Sal 51, 12). Por eso es por lo que Israel tomando cada vez más conciencia de la universalidad del pecado, ya no podrá buscar la salvación más que en la invocación del Nombre de Dios Redentor (cf. Sal 79, 9).

432 El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7) hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados. El es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la Encarnación (cf. Rm 10, 6-13) de tal forma que "no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos" (Hch 4, 12; cf. Hch 9, 14; St 2, 7).

433 El Nombre de Dios Salvador era invocado una sola vez al año por el sumo sacerdote para la expiación de los pecados de Israel, cuando había asperjado el propiciatorio del Santo de los Santos con la sangre del sacrificio (cf. Lv 16, 15-16; Si 50, 20; Hb 9, 7). El propiciatorio era el lugar de la presencia de Dios (cf. Ex 25, 22; Lv 16, 2; Nm 7, 89; Hb 9, 5). Cuando San Pablo dice de Jesús que "Dios lo exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre" (Rm 3, 25) significa que en su humanidad "estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2 Co 5, 19).

434 La Resurrección de Jesús glorifica el nombre de Dios Salvador (cf. Jn 12, 28) porque de ahora en adelante, el Nombre de Jesús es el que manifiesta en plenitud el poder soberano del "Nombre que está sobre todo nombre" (Flp 2, 9). Los espíritus malignos temen su Nombre (cf. Hch 16, 16-18; 19, 13-16) y en su nombre los discípulos de Jesús hacen milagros (cf. Mc 16, 17) porque todo lo que piden al Padre en su Nombre, él se lo concede (Jn 15, 16).

435 El Nombre de Jesús está en el corazón de la plegaria cristiana. Todas las oraciones litúrgicas se acaban con la fórmula "Per Dominum Nostrum Jesum Christum..." ("Por Nuestro Señor Jesucristo..."). El "Avemaría" culmina en "y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". La oración del corazón, en uso en oriente, llamada "oración a Jesús" dice: "Jesucristo, Hijo de Dios, Señor ten piedad de mí, pecador". Numerosos cristianos mueren, como Santa Juana de Arco, teniendo en sus labios una única palabra: "Jesús".

2. EXÉGESIS

“Él os bautizará en el Espíritu Santo y con fuego”

10 Entonces la gente le preguntaba: Pues ¿qué tenemos que hacer? 11 él les respondía: El que tenga dos túnicas dé una al que no la tiene; y el que tenga alimentos, haga otro tanto.

La verdadera conversión mueve siempre a hacer esta pregunta: Pues ¿qué tenemos que hacer? La predicación de san Pedro tocó los corazones de los oyentes, que decían: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?» ([Hec 2:37](#)). La pregunta por las obras es la que pone el sello al valor de la conversión.

Las obras en que se manifiesta la reforma de vida y la verdad de la conversión son las obras de sincero amor al prójimo, la partición con los demás de lo que se tiene. «El que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene...» Juan no exige que se dé la única que se tiene. No exige a las multitudes que realicen sublimes actos de heroísmo, sino misericordia y amor al prójimo con obras (...).

12 Llegaron también unos publicanos para bautizarse y le preguntaron: Maestro, ¿qué tenemos que hacer? 13 él les contestó: No exijáis más de lo que tenéis señalado.

Los publicanos¹ encarnan codicia y avidez de poseer, falta de honradez, traición al propio pueblo, estando como estaban con frecuencia al servicio de un régimen extranjero. Tampoco ellos están excluidos del camino de la salvación, no están borrados. Toman en serio la invitación a la penitencia y están dispuestos a cambiar de vida. Con esto se ha logrado lo principal.

Juan no les exige que renuncien a la profesión de publicanos. Deben renunciar a enriquecerse fraudulentamente. El derecho les permite exigir un determinado suplemento sobre el tipo de impuestos prescrito por el Estado. Por eso les dice Juan: «No exijáis más de lo que tenéis señalado.» Jesús procederá más tarde de manera análoga con el publicano Zaqueo. A pesar de las murmuraciones de los judíos entró en casa de éste rico jefe de publicanos. Zaqueo mismo quiere restituir lo que ha adquirido con fraude y quiere repartir sus bienes con los pobres. Jesús le dice: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa; pues también éste es hijo de Abraham» ([Lc 19:1-10](#)).

14 También unos soldados le preguntaron: Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer? Y les respondió: No hagáis extorsión a nadie ni lo denunciéis falsamente; sino contentaos con vuestra paga.

Los soldados son probablemente mercenarios del ejército de Herodes Antipas. A los judíos les estaba prohibido el servicio militar. Por eso estos mercenarios serían gentiles. La eficacia de la predicación del Precursor va más allá de los límites del judaísmo... La pregunta de los soldados presupone extrañeza. Y nosotros ¿qué...? Pero toda estrechez se ha superado. «Toda carne ha de ver la salvación de Dios.»

Los pecados propios de la profesión de los soldados son robo con violencia, extorsión con falsas denuncias, abuso de la fuerza. La raíz de tal proceder está en la codicia. Hay que dar de mano a los excesos. En lugar del ansia de enriquecerse hay que contentarse con la paga.

A pesar de la inminencia del severo juicio, no se exige nada extraordinario. No hay que cambiar la profesión: ni siquiera la profesión de soldado o de publicano. También Pablo proclama a pesar de la proximidad del tiempo final: «Por lo demás, que cada uno viva según la condición que el Señor le asignó, cada cual como era cuando Dios le llamó. Esto es lo que prescribo en todas las Iglesias» ([1Co 7:17](#)). Tampoco se exigen especiales prácticas ascéticas: no se exige entrar en la secta de Qumrán, ni formar parte de la comunidad de los fariseos, ni adoptar la rigurosa ascética del Bautista ([Mar 1:6](#)). Juan sigue la predicación profética: «¿Con qué me presentaré yo ante Yahveh y me postraré ante el Dios de lo alto? ¿Vendré a él con holocaustos, con becerros primales? ¿Se agrada Yahveh de los miles de carneros y de las miríadas de arroyos de aceite? ¿Daré mis

¹ Los publicanos o cobradores de tributos, pero no eran funcionarios del Estado, sino simples particulares a quienes se cedía en arrendamiento este servicio o empleados de éstos. Nota del traductor.

primogénitos por mis prevaricaciones, y el fruto de mis entrañas por los pecados de mi alma? ¡Oh hombre! Bien te ha sido declarado lo que es bueno y lo que de ti pide Yahveh: hacer justicia, amar el bien, humillarte en la presencia de tu Dios» ([Miq 6:6-8](#)).

Proclamación mesiánica ([Miq 3:15-17](#)).

15 Como el pueblo estaba en expectación, porque todos pensaban en su corazón acerca de Juan si no sería el Mesías...

La predicación del Bautista hace crecer en el pueblo la expectación de la próxima venida del Mesías. Se va extendiendo la idea de si Juan será el Mesías. En ciertos ambientes se presentaba al Bautista como el salvador enviado por Dios (Cf. [Jua 1:6-8](#), 15.19 ss). La historia de la infancia ha puesto ya deliberadamente a Juan y a Jesús en la debida relación querida por Dios. Juan es grande, pero Jesús es el mayor, Juan es profeta y preparador del camino, pero Jesús es el Hijo de Dios y el que reina en el trono de David para siempre.

16 Juan declaró ante todos: Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, a quien ni siquiera soy digno de desatarle la correa de las sandalias; él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

Jesús es el más fuerte. Juan se reconoce indigno de prestar a Jesús el más humilde servicio de esclavos. Los esclavos debían soltar al amo las correas de las sandalias; una persona libre tenía esto por indigno de su condición. ¿Quién es Juan al lado de Jesús? El gran Bautista reconoce la grandeza de Jesús.

La fuerza de Jesús se manifiesta en su obra. Juan bautiza sólo con agua; Jesús, en cambio, con Espíritu Santo y fuego. El Mesías da el Espíritu Santo prometido para los últimos tiempos, y lo da con la mayor profusión a los que están prontos a convertirse; en cambio, a los que no quieren convertirse les aporta el fuego, el fuego del juicio. Jesús ejecuta la sentencia de salvación o de condenación.

Juan bautiza solamente con agua. Su obra es preparación para los acontecimientos escatológicos; ella misma no es acontecimiento escatológico.

17 Tiene el biello en la mano para limpiar su era y para recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará en fuego que no se apaga.

Jesús es el juez del fin de los tiempos. El labrador de Palestina lanza con una pala contra el viento el trigo que después de trillado está mezclado con la paja en la era. El grano, que pesa más, cae al suelo, mientras que la paja es llevada por el viento. Así limpia la era, separando el trigo de la paja para recogerlo después en el granero. La paja se quema. El Mesías viene a juzgar, separa a los buenos y a los malos, lleva los buenos al reino de Dios y entrega los malos al fuego inextinguible de la condenación. Tiene ya el biello en la mano. Este «ahora» del tiempo final hace que el anuncio de Juan descuelle por encima de todos los anuncios de los profetas.

18 Con estas y otras exhortaciones anunciaba el Evangelio al pueblo.

El relato de la actividad de Juan contiene sólo una parte de ésta. Las exhortaciones de Juan son buena nueva, Evangelio. Juan es mensajero de gozo, que anuncia la suspirada salvación de los últimos tiempos. Por esto es su mensaje de gozo. Lo que Jesús anuncia y trae no es perdición, sino salvación. También la predicación de penitencia de Juan está al servicio de la salvación, y por esto es Evangelio, buena nueva. La historia de Juan es comienzo del Evangelio (Cf. [Mar 1:1](#); [Hec 10:36](#) s).

(STÖGER, ALOIS, *El Evangelio según San Lucas*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

COMIENZO DE LA PREDICACIÓN DEL BAUTISTA.

El Evangelio de hoy es el comienzo de la narración sintética que hace San Lucas sobre el Bautista desde el comienzo de sus prédicas hasta el bautismo de Cristo. Marca cuidadosamente la fecha y el tema de su predicación.

Marca la fecha de acuerdo a la costumbre antigua, por las autoridades: "Marco Servilio et Publio Clodio consulibus, cuando eran cónsules Marco Servilio y Publio Clodio", como cuando decimos: "esto pasó en el tiempo de Yrigoyen" o "esto pasó cuando cayó Frondizi". Cuando cayeron es más fácil de recordar; a mí me pusieron preso cuando cayó Perón.

La religión católica es una religión histórica: su origen está situado en un tiempo histórico y una región histórica —en el Imperio más grande que ha existido y en su tiempo más glorioso, el siglo de Augusto— a diferencia de todas las otras grandes religiones, cuyo origen se pierde en la niebla o bien en regiones no históricas: la vida de Buda o de Mahoma es un amasijo de leyendas. La vida de Cristo nos llega en cuatro crónicas de testigos presenciales con toda la finura del estilo oral hebreo y escritas en la lengua más fina y civilizada del mundo, el griego. Poco después cristianos eran conocidos en Roma; los dos historiadores máximos, Tácito y Suetonio nombran a los cristianos; y Tácito nombra a Cristo, "Cresto" lo llama; y los Padres Apostólicos, empezando por las cartas de San Ignacio Mártir, y la "Didajé" del siglo comienzan a citar los Evangelios, lo mismo que los herejes; lo que prueba su autencía, porque eran contemporáneos. Si por un imposible los cuatro Evangelios se perdieran, su texto se podría reconstruir con las citas de los Santos Padres. En suma, el nacimiento del Cristianismo y de su Fundador está bajo una especie de luz de reflector; y así San Lucas enumera tranquilamente las autoridades civiles y religiosas de Palestina cuando comienza a predicar Juan. No le duelen prendas.

La materia de las prédicas de Juan es simple y curiosa. Predicaba dos cosas: la moral natural por un lado, y que el Mesías ya estaba presente: y él, Johanam, era su Indicador. La moral natural era necesaria como preparación a la moral del Mesías; los rabinos hebreos habían enredado inextricablemente la moral, y con pretexto de dar una moral sobrenatural daban una moral antinatural (como les pasa a algunos curas hoy día), una moral sobrecargada de preceptos, a veces fútiles, que no se podía no digo practicar, pero ni retener. El Bautista corta por lo sano, predicando la moral natural elemental: a todos en general les predicaba el arrepentimiento y la limosna; y a cada uno, los deberes del propio estado.

Primero se desataba en amenazas y en la predicción de una próxima gran limpieza; y cuando al ir a bautizarse (a recibir el "bautismo de penitencia") le preguntaban: "¿Qué tengo que hacer?", les respondía con los deberes del propio estado, que suelen ser cifra de todos nuestros deberes; porque si no eres buen relojero, o buen milico, o buen casado, ¿cómo serás buen hombre? San Lucas pone dos ejemplos: a los empleados públicos, a los publicanos (que en Inglaterra todavía los llaman publicanos) les decía: "No coimeen". A los militares les decía: "No sean prepotentes y no anden reclamando aumentos de sueldos". Al Rey Herodes no le dijo: "Gobierna bien", porque ése, como otros títeres de nuestros tiempos, no gobernaba en realidad; le dijo: "No te es lícito vivir con la mujer de tu hermano". A los fariseos no les decía nada, porque éstos no preguntaban nada; pero las imprecaciones que pone en sus labios San Lucas ("raza de víboras, árboles secos, falsos hijos de Abraham") iban primeramente enderezadas a los fariseos, demagogos jefes de las turbas y maestros fallutos.

Nuestro deber de estado resume en concreto todos nuestros deberes y es la base sobre la que se asienta la moral sobrenatural. Un gran cuentista inglés, Rudyard Kipling, hizo un fino retrato de San Pablo en un cuento "histórico" llamado "The Manner of Men" —La Condición Humana, porque San Pablo dice a los Corintios: "Si en mi condición humana he luchado contra las fieras"²... Kipling estudió los viajes de San Pablo, sobre todo el cuarto viaje, su viaje a Italia. El capitán de la nave es un joven español (es decir, un romano nacido en la Provincia Bética) y se refiere al Apóstol diciendo: "Es un filósofo hebreo". La tripulación está admirada de las prácticas y palabras religiosas de Pablo. El ambiente es el de la flota imperial inglesa en 1898, incluso la jerga marinera que Kipling había absorbido perfectamente, como absorbía cualquier ambiente donde estuviera un tiempo; y lo proyectaba después con gran fidelidad. Al fin del viaje el capitán pregunta al filósofo qué tiene que hacer para salvarse, para el caso que hubiera otra vida. San Pablo le dice: "Cumple tus deberes de estado". No lo veía aún preparado para recibir la tremenda Nueva, la Buena Nueva, que es tremenda en realidad: "un judío

² 1 Cor. 15,32 (tal es la traducción inglesa; las versiones castellanas traducen: "Si por solos motivos humanos luché contra las fieras").

crucificado es Dios"; el capitán como buen español era antijudío. San Pablo le dice: "Sirve al César. No eres tela que yo pueda cortar con ventaja al presente. Pero si sirves al César, vivirás obedeciendo al menos una ley...". El español se enoja de ser considerado una especie de ignorante. San Pablo continúa: "En el mar tendrás tiempo de pensar. Puede ser que nos encontremos de nuevo y entonces podemos continuar hablando. Lo que te concierne ahora es que, prestando servicio, te verás libre del miedo que te ha corrido toda la vida. Esta es la voluntad de Dios". El español no sabe cómo Pablo conoce eso: tenía un complejo de miedo a las fieras porque de muchacho había tenido que luchar por su vida con dos perros lobos en un arenal. Tenía horror a los leones del anfiteatro. San Pablo antes de imponer una carga, miraba los hombros.

En sus Epístolas San Pablo dice su deber de estado a todos: a los Obispos como Timoteo, a los Presbíteros como Tito, a los casados y casadas, a las vírgenes y viudas, a los señores y esclavos, a los ricos y a los pobres.

A las mujeres les dice algo muy simple y peculiar: "La mujer se salvará por la crianza de los hijos". ¿Y las que no tienen hijos? Por algo semejante a la crianza de los hijos.

La moral natural no basta; ni siquiera la podemos practicar entera sin la gracia: las dos van juntas. La herejía actual ha introducido un formón entre las dos y ha hecho saltar la moral sobrenatural, atribuyendo todas sus condiciones y poderes a moral natural, basada en la razón y el sentimiento del hombre; o en su orgullo, como los estoicos. Hoy día la llaman moral personalista; se ha llamado moral kantiana, moral autónoma, moral laica; y "moral sin dogmas", como la llamaba nuestro Ingenieros. (¿Nuestro? ¡De ellos!). Es una moral falsificada y falaz, porque exige del hombre lo que él por sí solo no puede cumplir. Es como si me impusieran subir a la bóveda desta iglesia y me dieran una escalera donde faltan los últimos peldaños. Yo ni con todos los peldaños completos podría subir.

Eso es el naturalismo religioso que ya les expliqué.

Los que estamos en la fe, la oración y los sacramentos no tenemos más que pensar en nuestro deber de estado, transfigurado como está por el ideal Evangélico. "Sirve al César; pero solamente y en cuanto representa a Dios; ama a tu mujer: porque para ti es una figura de Dios —un poco charlatana; cuida de tus hijos: son de Dios".

(Castellani, Leonardo. *Domingueras Prédicas*. Ediciones Jauja, 1997. Pag. 312-315)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

‘Produzcan frutos de penitencia’

"Tú dices: ‘¡Pero este soldado me hizo tanto mal!’. Quisiera saber, si tú fueras militar, si no harías lo mismo. No es que queremos que los militares hagan tales cosas, como afligir a los pobres. No lo queremos, queremos que también ellos escuchen el Evangelio. No es la 'milicia' la que prohíbe hacer el bien, sino la 'malicia'.

Llegando unos soldados al bautismo de Juan, le dijeron: *¿Qué debemos hacer? Juan les respondió: No extorsionen a nadie, no hagan falsas denuncias y conténtense con su sueldo (Lc 3, 14)*. Es verdad, hermanos, si los militares fueran así, esta República sería feliz; pero no sólo si los militares fueran así, sino también si los cobradores de impuestos fueran como aquí se describe. Efectivamente los publicanos, es decir los cobradores de impuestos, le dijeron: Y nosotros, *¿qué debemos hacer?* Se les respondió: *No exijan más de lo establecido (Lc 3, 12-13)*. Fue corregido el militar, fue corregido el recaudador; ¡qué también sea corregido el gobernante! Tienes una corrección dirigida a todos. *¿Qué debemos hacer todos? El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tenga qué comer, haga otro tanto (Jn 3, 10-11)*. Queremos que los militares escuchen lo que enseñó Cristo: escuchémoslo también nosotros, porque Cristo no es sólo para ellos y para nosotros no, ni Dios es suyo y no nuestro. Escuchemos todos y vivamos en la paz del corazón." (S. 302, 15)

"*Conviene que él crezca y que yo disminuya (Jn 3, 30)*. Esto se muestra por los respectivos nacimientos de la Palabra y de la Voz. La Palabra nació el 25 de diciembre, cuando comienzan a crecer los días; la Voz nació antes que la Palabra de Dios, cuando los días comienzan a disminuir. *Conviene -dijo- que él crezca y que yo disminuya*. Y eso mismo mostraron sus pasiones: disminuyó Juan al ser decapitado; creció Cristo elevado en la cruz." (S. 293 A, 6)

"Produzcan frutos dignos de penitencia (Lc 3, 8). Quien no posea estos frutos, inútilmente piensa que su estéril penitencia le va a merecer el perdón de los pecados. Cuáles son estos frutos, él mismo lo mostró a continuación. A la gente que le preguntaba: ¿Qué debemos hacer?, es decir ¿cuáles son estos frutos que, con amenazas, nos animas a producir? Él les respondía: El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tenga qué comer, haga otro tanto (Jn 3, 10-11). ¿Hay, hermanos, algo más claro, más seguro o más tangible? Lo que dijo antes: Todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego, ¿es distinto de lo que escucharán los que estén a la izquierda: Vayan al fuego eterno, porque tuve hambre y ustedes no me dieron de comer (Mt 25, 41-42)? Entonces no es suficiente dejar de pecar, si se descuida remediar los pecados pasados, como está escrito: ¿Pecaste, hijo mío? No lo vuelvas a hacer, pero para que no se creyera seguro con esto sólo, agregó: Y suplica para que tus pecados pasados te sean perdonados (Eclo 21, 1). Pero, ¿de qué servirá suplicar si no te haces digno de ser escuchado produciendo frutos dignos de penitencia para no ser cortado y arrojado al fuego como un árbol estéril? Por lo tanto, si quieren ser escuchados cuando suplican por sus pecados: Perdonen y serán perdonados, den y se les dará (Lc 6, 37-38)." (S. 389, 6)

(SAN AGUSTÍN, *Comentarios a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo C, Religión y Cultura, Buenos Aires, 2006, p. 15 - 16)

5. APLICACIÓN

San Juan de Ávila

Venida de Cristo al alma: ¿cómo prepararse?

Fue preguntado a San Joan Baptista, quién era, y él respondió: *Yo Bautista no soy el Mesías, ni Elías, ni soy aquel profeta de quien dijo Dios a Moisés: Yo resucitaré un profeta de medio de tus hermanos como tú, y quien de éste me tocara, él me lo pagará.* Ninguno de éstos—dice San Joan—yo no soy. —Pues, si tú no eres ninguno de éstos, dicen ellos, ¿cómo has sido osado de esto poner rito nuevo en el pueblo?, ¿cómo bautizas? —No os espantéis, que *mi bautismo no hace más de lavar la cabeza y el cuerpo con sola agua*; no es más de para que los que vienen a él profesen que son pecadores y que han menester quien los lave de sus pecados. (No era aquel bautismo como el nuestro de ahora, que da gracia.) *Empero, en medio de vosotros está uno al cual no conocéis vosotros y al que os convenía conocer*; éste lava con agua y fuego y mete la mano en las almas y de sucias las hace limpias, y yo soy tan diferente de Él *que aun no soy digno ni merezco servirle de mocho para descalzarle los zapatos; éste es de quien otras veces os he profetizado y predicado que, aunque viene después de mí, es hecho primero que yo.* De manera que este que os digo que *está entre vosotros* es tan mayor que yo, que *no merezco yo descalzarle los zapatos* ni servirle de esclavo. Dice el evangelista que los que traían aquel mensaje eran de los fariseos, para dar a entender que era mensaje muy grande y muy honrado, porque eran ellos los más honrados.

—No soy, dice San Joan, el que pensáis. —Pues ¿quién sois? —Aquel de quien profetizó Isaías: *Vox clamantis in deserto*; y mi oficio, mi honra y mi dignidad y mi ser éste es; yo no soy el Mesías, sino voz del Señor que quiere venir a vosotros: *¡o[s]!*, aparejad la casa para el Señor.

[...]

Quiere Dios venir a morar en cada uno de los que estáis aquí. De aquí a ocho días habrá nacido, y lo oiréis llorar en el portal de Belem.

Paraos a pensar cuán cuidadosa y alegre andaba la Virgen en estos ocho días, qué cuidados traía en su corazón, no como los vuestros, que estaréis ahora pensando qué comeréis la Pascua, qué vestidos sacaréis. No andaría ella pensando en esto, sino andaría aparejando sus mantillas y sus pañalicos para el niño que había de parir. Y pues dice el mismo Jesucristo que *quien hace la voluntad [de su Padre], ése es su madre y sus hermanos*, por eso vuestro oficio ha de ser estos ocho días en disponeros. Jesucristo ha de nacer en mi alma, ¿qué aparejo haré, cómo lo aderezaré, para que cuando venga la halle bien aparejada? ¿Cómo me dispondré y aderezaré para recibirlo? Y si en lo que ha pasado del Adviento hemos sido flojos y descuidados en esto, estos ocho días que restan hasta la Pascua seamos diligentes en no apacentarnos, y porque esto no lo podemos hacer si de arriba no nos es dada gracia, supliquemos a la sacratísima Virgen nos la alcance.

Venida de Cristo *Vox clamantis in deserto*, etc. Ahora estaba pensando que no sé si este sermón ha de ir en balde, como otros. Sois tan enemigos de huéspedes, que aunque os digan que aparejéis vuestra casa, que quiere Dios venir a ella, no sé si lo habéis de querer hacer o si diréis: «Váyase en hora buena, que no estoy para recibir ahora huéspedes». Habéis de creer hoy a Dios, que no a mí. El negocio es tan grande, que, si fuese bien creído, sería bien recibido. Cuando Dios dice una cosa grande, no tenemos corazón para oírla, y así dice San Juan Crisóstomo que, cuando San Pablo quería decir una cosa de estas grandes, primero ensanchaba los corazones de los oyentes con palabras de admiración, porque cupiese en ellos lo que quería decir. ¿Sabéis cuáles son cosas grandes? Bajarse Dios a hacerse hombre, y después de humanado, nacer en un establo y estar llorando, puesto en un pesebre, y derramar sangre de ocho días nacido, y después; cuando grande, ser amarrado a un poste desnudo y recibir cinco mil y más azotes, y subir a una cruz y morir en ella por nosotros y por nuestro remedio.

Aparejaba San Pablo los corazones de los hombres para ensancharlos. ¿Por qué? Porque los conozco, que cuando les decimos los bienes que Dios les quiere dar, no lo creen, y así dice él: *Fidelis sermo et omni acceptione dignus, quod Christus Iesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum*. Aunque os digo: gran cosa, mirad que verdad os digo, y por eso os lo digo primero que me creáis. Oíd, pues, una palabra verdadera y alegre, oíd unas nuevas sabrosas y ciertas: que vino Dios al mundo a salvar a los pecadores; que ha venido Dios no a condenarnos, sino a salvarnos.

—¿Cómo es posible? Mi conciencia me dice que he hecho mil pecados, y Dios es a quien he menospreciado y tenido en poco. ¿Es posible que a quien he dado de bofetadas y escupido en la cara venga a salvarme? —Pues ésa es la bondad de Dios: que le has tanto ofendido, y viene Él a buscarte para perdonarte y a rogarte que seáis amigos. Podéis creerme hoy, que no hay ninguno de cuantos me oís en quien no le de Dios, para siempre bendito, venir esta Pascua. Desea Dios venir a vuestra casa y morar con vosotros. Yo mensajero soy, aunque indigno. No os quite, dice San Agustín, la vileza de la espuerta el valor del trigo. *Dios es el sembrador, o la simiente es su palabra*; la espuerta en que se lleva la simiente es este pecador miserable que aquí veis; no por la vileza del espuerta el sembrador pierda su simiente, ni el trigo su valor. Yo, como os he dicho, mensajero soy, indigno de ser oído; mas el mensaje que os traigo es tan grande, que es digno de ser oído con reverencia y atención y recibido con gran hacimiento de gracias.

—¿Qué mensaje es el que nos traéis? —Que Aquel que está en los cielos adorado de los serafines, Aquel que se encerró en el vientre de la Virgen, Aquel que ha de nacer de aquí a ocho días, quiere venir a cada uno de cuantos estáis aquí. Dios por su misericordia os dé lumbre para que quede hoy aposentado en vuestras entrañas. Aparejadle, hermanos, vuestras ánimas, que quiere Dios venir a ellas.

Todos los advientos del Señor son admirables. El primer adviento, que es *venir Dios en carne*, ¿quién lo contará? La *venida del juicio*, venir Dios a juzgar vivos y muertos y a enviar a unos al cielo y a otros al infierno, ¿quién os lo podrá contar? ¿Quién os contará las mercedes que hace *Dios al hombre a cuya ánima viene*?

¿Queréis pararos algún rato a pensar en esto? *Qui diligit me, sermonem meum servabit, pater meus diligit eum, et ad eum veniemus et mansionem apud eum faciemus. Si alguno me ama, dice Jesucristo, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y vendremos a él y moraremos con él*. De manera que con el ánima que a Jesucristo ama y guarda sus mandamientos, mora el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. ¿No sabría yo quién son los que están en gracia, no los conocería cuando los topase por las calles, para echarme a sus pies y besar la tierra que ellos huellan? *Vos estis templum Dei*, dice San Pablo. Hermanos, en vosotros mora Dios. Paraos a pensar qué diferencia va de morar en un ánima Dios o muchedumbre de demonios; mirad qué va de huésped a huésped. Todos andamos juntos, y por de fuera andamos todos de una manera, y por dentro mirad cuánta diferencia hay, tan grande que mora Dios en unos y el demonio en otros.

En fin, quiere Dios venir a vosotros, y si me pregunta qué es venir Dios en un ánima, no creo que os lo sabría decir. Dice San Pablo que los dones de Dios son inenarrables. Pues si esto no se puede contar, ¿cómo te sabré decir qué cosa es Dios venir a morar en un ánima? Probadlo y veréis lo que es. Basta deciros que el huésped que os quiere venir es Dios. Hermanos, Dios quiere venir a vosotros.

Cristo trae consigo Señor, cosa recia decir a un ladrón: su reino el juez viene. Huirá, como hizo Adam, que, en oyendo la voz del Señor, echó a huir. Señor, ¿a qué venís? Él mismo lo dice por San Juan: *on enim misit Deus filium in mundum ut iudicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum*. No envió Dios, etc. Viene el Rey y trae consigo el reino, para que si alguno hubiere tan avariento que le parezca poco venir Dios a él, y le muevan y se aficione más [que a] Dios a otras cosas, trae Dios muchas riquezas, y viene a hacernos grandes mercedes, y dice: Por eso no me dejéis de recibir, que yo os traigo todo lo que podéis querer y desear, y mucho más.

—¿Qué traéis, Señor? —*Regnum Dei intra vos est. ¿Habéis[lo] por caso alguna vez visto o sentido? Pues sabed que el reino de Dios está dentro de vosotros. No penséis que el reino de Dios es tener muchas viñas y muchos olivares. En el ánimo adonde viniere amor de Dios y del prójimo y adonde hubiere muchas virtudes, ahí está encerrado el reino de Dios; en el ánimo que a Dios obedeciere, está metido su reino. El mismo San Pablo dice luego: El reino de Dios, justicia y paz y gozo del Espíritu Santo.*

Pues que viene el Rey y trae el reino consigo, y su reino es justicia y paz, etc., ¿quién habrá que no lo reciba? Justicia en este lugar no quiere decir hacer justicia, sino una virtud, una cosa por la cual un hombre de pecador se hace justo, una virtud que hace una obra en el hombre tal, que de pecador y malo lo hace justo y bueno. Y esto es lo que Isaías mucho antes dijo: ¿Qué voces que daba Esaías: *Ea, cielos, echadnos ya acá ese rocío, y la justicia nazca juntamente con él!* ¿Qué quiere decir? Que la causa por que uno se hace bueno es Jesucristo. San Pablo dice que nos es hecha redención, satisfacción y justicia y sabiduría. No pienses tú, hermano, que por tus buenas obritas, por lo que tú haces, eres justo, sino por las buenas obras y pasión de Jesucristo; juntándose tus buenas obras con Él, Él las hace ser meritorias. Pues nazca el cordero y la justicia y santificación con Él. Paz, buena cosa es para los casados, si están reñidos. ¿Quién no está reñido? ¿Quién no tiene los pensamientos: «Querría ser servidor de Dios»? y hay dentro otros pensamientos y otra ley que repugna y contradice a Dios. ¡Los que sienten diferencia en su espíritu! Esta paz trae el Señor, y gozo de Espíritu Santo, [a] los que estáis desconsolados y afligidos diciendo: « ¡A Dios he ofendido!» Porque la mayor de las penas y la mayor de las desconsolaciones ésta es ¿Qué pensabais?, ¿que la mayor de las penas es: No tengo que comer, no tengo que vestir, me levantaron un falso testimonio, persiguen, etc.? Esa es pena carnal. La queja que habéis de dar no ha de ser de aquel que os levantó el testimonio os hizo la injuria, sino de vos mismo. Iros a vuestro rincón y delante de Dios quejaros de vos diciendo Señor, debiéndote yo tanto, que soy obligado a pasar por ti otro tanto como tú pasaste por mí, no sufro una palabrita, una nonada; me quejo, Señor, de mí y de mi poquedad.

La verdadera pena es que uno mete la mano en su pecho y considera sus defectos y maldades y dice: ¡Oh, que he ofendido a Dios! ¡Oh, que no voy derecho por el camino de Dios! Esta es la verdadera pena y el mayor de los desconsuelos y para lo que vino Dios a este mundo. ¿Qué dicen los judíos necios? Viene el Mesías a darnos riquezas, viñas y olivares. ¿Qué me aprovecharía el Mesías, ya que todo eso me diese, si no me sana el mal que tengo en mi corazón? ¡Dios está mal conmigo! Si el Mesías ha de ser Mesías, sáneme esta llaga que tengo en mi corazón; que si no me quita este mal, no quiero bien ninguno. Para consolar éstos viene el Mesías, para esto viene, para consolar los desconsolados, etc. *Y así dice San Pablo que viene a poner justicia y paz y gozo de Espíritu Santo.*

Si os aparejáis para recibir este huésped, es tan poderoso que hará que se regocije vuestro corazón. Si no queréis a Dios por Dios, veis aquí lo que trae, un reino trae consigo. San Pablo: *Omnia vestra sunt, sive Paulus, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mars, sive praesentia, sive futura.* ¿Pensáis vos que es pobre? Tampoco creeréis esto: Todas las cosas son vuestras: la vida y la muerte, o San Pablo, o Apolo, lo presente, lo por venir; todo es vuestro. ¿Por qué llamáis pobre a un hombre que tiene todas las cosas? —Decid, San Pablo, ¿cómo es todo eso nuestro? —Porque cuando dio el Eterno Padre a Jesucristo, su Hijo, *omnia cum illo nobis donavit.* Esta es la merced más alta; éste es el espejo en que te has de mirar, que nos dio Dios a su Hijo; y dice San Pablo: *Si nos dio Dios a su Hijo, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?* Si Jesucristo es nuestro, no os espantéis que lo presente y lo futuro será nuestro. En esta merced se encierra todo. No os espantéis que los santos sean vuestros, que éste que viene a vuestras entrañas, Señor es de cielos y tierra y de ángeles y de todas las cosas. Paraos a pensar quién es el que quiere venir a vuestra alma, y así veréis cómo todas las cosas serán vuestras, quiero decir, que podréis usar de ellas para vuestra provecho; porque uno que tiene hacienda y no se aprovecha de ella para su provecho, sino que antes le sirve para lo llevar al infierno, éste, aunque por derecho civil es suya la hacienda, pero no es señor de ella.

¿Sabéis quién es verdadero señor de la hacienda? Quien se aprovecha de ella para servir a Dios y provecho suyo y de sus prójimos. Señor de la muerte y de la vida, y de San Pedro y San Pablo, y de todo, es el que de todo se aprovecha. Si estás en gracia con Dios, aprovéchate del amigo y del enemigo, y del infierno para huir de él. De todo sacarás provecho. Y si os parece que es poco tener a Dios y con Él todas las cosas, ¿qué os parecerá mucho? No diga nadie: «No quiero ese huésped»; que con sólo venir paga bien la posada.

—Todo eso me parece, padre, poco para recibirlo. — ¡Oh bendito seas tú, Señor, y bendita sea tu misericordia! ¿No veis qué demanda? ¡Que os esté yo rogando: que quiere venir Dios a vosotros; aparejadle la posada; y estemos pensando qué me dará! —Señor, ¿no hay otra cosa que me convide a recibirlo, sino eso?

—La mayor está por decir. Si tantos milagros no hubiera habido, y si Dios no os diera lumbre de fe como Dios por vos? ¿Cuál es más, entregarse Dios en manos de sayones, para que le hagan tantas injusticias, o entregarse a los corazones de cuantos estamos aquí? Pues si se ¡entregó Cristo a la voluntad de los que mal le querían ¿no se entregará a los corazones de los que bien le quieren? ¡Señor, tanto me amaste, que te entregaste en manos de tus enemigos por mí! Plegue al Señor que lo creáis.

¡Qué alegre iría un hombre de este sermón si le dijese: «El rey ha de venir mañana a tu casa a hacerte grandes mercedes!»! Creo que no comería de gozo y de cuidado, ni dormiría en toda la noche, pensando: «El rey ha de venir a mi casa, ¿cómo le aparejaré posada?» Hermanos, os digo de parte del Señor que Dios quiere venir a vosotros y que trae consigo un reino de paz, como habéis oído. ¡Oh, bendita sea su misericordia y glorificado sea su santo nombre! ¿Quién os sabrá decir la salsa con que habernos de comer este manjar? ¡Cómo! ¿Que siendo él Dios y ofendido, y siendo nosotros hombres y ofensores, y siendo la ganancia del hospedaje nuestra, nos está rogando, y nosotros que lo desechemos?

¿Qué cosa es pensar que está Dios a la puerta de los corazones? ¿Pensáis que está lejos? A la puerta está llamando.

— ¡Oh Padre! Que no es posible que esté tan cerca como dices, porque yo hice tal y tal pecado y lo eché muy lejos de mí, y está muy enojado conmigo.

—*Yo estoy a la puerta y llamo, dice él. Si alguno me abriere, entraré.* —¿Pensáis que es Dios como vos, que si os hacen un enojito, os persiguen, luego echáis al prójimo de vuestro amor? Y si os dicen: «Perdoná a fulano, porque Cristo os perdonó», decís: «No me lo mentéis delante de mí, si bien me queréis». ¿Cómo vos, que no queréis perdonar, pensáis que es así Dios? ¡Glorificado seas tú, Señor, que esto es lo que más captiva los corazones de los hombres! Dice el pecador cuando peca: «¡Ios de mí, Señor, que no os quiero!». Y sálese Dios de casa y se pone a la puerta, y está llamando: Ábreme, esposa mía, amiga mía; yo me estaré aquí hasta que de compasión salgas a mí y me abras. No digo mentira en esto, que por compasión nos pide que le abramos.

Señoras monjas, a vosotras principalmente dice esto. ¿Qué quiere decir aquello que dice el Esposo en los Cantares: *ábreme, hermana, que traigo mi cabeza llena de rocío, y mis cabellos llenos de gotas de la noche; sino: «Ábreme, ten compasión de mí»?* ¿Qué cosa es pedir Dios posada por compasión? Está Dios a la puerta de tu corazón, diciendo: «Ábreme, que no tengo de ir de aquí hasta que me abras, babe compasión de mí». Esto es cosa para espantar. Y cuando un corazón tocado de Dios siente esto, no hay cosa que así lo captive de amores ni que así lo derrita. Y así decía San Agustín sintiendo esto: «Yo huía de ti, Señor, y tú andabas corriendo en pos de mí». Este amor tiene Dios con los pecadores, que aunque huyan de Él, va tras ellos. Y así dice Él por Jeremías: *Si dimiserit vir uxorem suam et recedens ab eo duxerit virum alterum, numquid revertetur ad eam ultra, numquid impolluta erit et immaculata mulier illa? Tu autem fornicata es cum amatoribus multis; temen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te. Una mujer casada, etc. Pues tú, ánima, dice Dios, has fornicado con muchos amadores. Ecce loquutus es. Y hablaste palabras desvergonzadas y heciste malas obras. Ya fuiste desvergonzada y quisiste ofenderme y saliste con ello; enojados estamos, ¿pero ha de durar el enojo para siempre? El mismo Hieremías (cap. ubi supra) dice: ¿Ha de durar para siempre el enojo? Vayan los enojos pasados por pasados, no me lastimes más, daca seamos amigos.*

Las palabras que había de decir el ánima a Dios, dice Dios al ánima: ¿Has de perseverar para siempre? Sal ya, ánima; llámame, si no sabes llorar. Si miedo tienes por ti, ten confianza porque te lo mando yo. Si tus pecados te tienen la boca cerrada, dice Dios, yo te diré cómo me llames: *Voca me: Pases meus es tu, et dux virginittatis meae. Llámame Padre mío y guía de mi virginidad.* «Ya que ahora soy malo, acordaos, Señor, que en algún tiempo fui bueno; acordaos que cuando chiquito me bautizaron y fui vuestro y me señalaron con vuestra señal». Dímelo así; tráemelo a la memoria, cómo algún tiempo fuiste mío: llámame Padre mío, mío eres tú.

Mira, hermano, que si Dios manda que le llames, recibirte quiere; si Dios te dice cómo le llames, ¿cómo es posible que no te oiga? Veis aquí la infalible misericordia de Dios, que, aunque le hayamos ofendido, está a la puerta llamando, y aunque no le queramos recibir, nos está rogando que le abramos. ¡Qué cosa tan abominable será estar vuestro marido a la media noche a la puerta llamando: « ¡Abridme, señora, que vengo herido de una guerra, la cual tomé yo por amor de vos, que vengo de trabajar para vos! » ¿Cuál será la mujer tan mala que deje estar a su marido mucho a la puerta? ¿Quién es aquel que está dentro de vuestro corazón, porque no queréis abrir a Dios? Con aquel amor con que por vos se puso en la cruz os está ahora rogando que quiere venir a vos. En vuestro corazón está llamándoos y rogándo[o]s que le abráis.

¿Cuál será aquel ciego y desdichado que ose decir. «No quiero recibir a Dios, no le quiero abrir»? ¿Quién está dentro en ti, que no quieres abrir a Dios? Algún rufián debes tener en tu casa, pues no quieres abrir a tu

propio marido. ¡Si ese que llama y dice: «Esposa mía, que yo morí por ti y pasé por tu descanso muchos trabajos», es el mismo Dios! Alguna cosa contraria está dentro de ti, por cuyo amor no le quieres abrir. Ruég[o]s que me digáis, ¿qué es aquello que tanto priva en vuestro corazón, que por ello no queréis recibir en él a Dios esta Pascua en vuestra casa?

No pueden morar mas si por ventura—lo que plegue a juntos Dios y el Dios que no sea—estuviese alguno en demonio este sermón, que predicándole de parte de Dios, que apareje posada para Él, la aparejase para el demonio, ¡cuál es él malo y peor que infiel, que por aparejar posada para Dios y celebrar su santo nacimiento, adonde se comenzó el principio de nuestra redención, y habiendo de recibir en su corazón a Dios, se apareja para recibir al demonio! ¿Qué será si dice: «Esta Pascua tengo de jugar tantos ducados, y tengo guardados los dineros para jugar tantos días»? ¡Ah, desdichado de ti, porque juegas porque es Pascua de Navidad!

[...]—¿Quién está en vuestro corazón, que impide que no entre Dios en vuestra ánima? —No, nadie, señor; que venga muy en buena hora. Vinieron aquéllos a preguntar a San Joán, y cuando dijo que no era ninguno de aquellos que ellos pensaban, le dicen: *Pues dinos quién eres para que respondamos a quien no envió. Dios me envió a deciros esto que os he dicho.* ¿Qué me dices que le diga? ¿Qué responderé? ¿Lo queréis o no? Respóndeme que sí. Diré: Sí, que venga muy en hora buena.

Unos le llaman de corazón y otros de burla, no más de con la boca. Bien sé que los clérigos y las señoras monjas dicen cada día muchas veces: *Veni, Domine, et noli tardare.* Plega a Dios que no sea sólo con la boca. Cosa abominable que llame uno con la boca a Dios y con el corazón esté diciendo que no venga; que le digáis: Señor, de burla le decía, no vengáis; pues no es Dios de burla, sino de verdad.

De verdad os digo: —¿Si queréis recibir a Dios esta Pascua? —Sí, quiero; pero con condición que huésped que tengo días ha en mi casa no lo eche fuera. —¿No habéis vergüenza, teniendo un pecado mortal en vuestra ánima, de llamar a Dios? ¿Queréis meter a Dios con su enemigo? Quien a Dios quiere, a Él solo ha de querer. Una navaja muy aguda ha de tener y cortar todo lo que hubiere que sea contrario a Dios, ahora sea honra, o hacienda, o mujer, o hijos, o cualquier otra cosa que fuere. Habéis de decir: piérdase todo y quede yo con Dios. De manera que quien quisiere recibir a Dios en su ánima ha de echar fuera de ella a todos sus enemigos, y quien así no lo hiciere, quedarse ha sin Dios. No se pudo acabar que estuviese el arca de Dios y Dagón, ídolo de los filisteos, juntos en un altar, ¿y acabarse ha con Dios, que more donde hubiere pecado?, ¿que estén juntos El y el demonio? Habéis de asentar a Dios a la cabecera de la mesa y despedir a todo lo que le puede impedir la venida. Y así, si lo quisierais, vendrá; y de otra manera, no lo esperéis.

Hay otro que dice: —Padre, yo lo recibiré de buena gana y le daré posada por esta Pascua; pero, después de pasada, tomarme he a mis costumbres. —Hermano, ¿ese pensamiento tienes? Pues no hayas miedo que venga, que quien lo quisiere recibir, ha de tener un propósito muy verdadero y firmísimo de no tomarle más a ofender.

¿Cómo prepararse? Una palabra para todos los que quisierais recibir a Dios esta Pascua: deseo de Dios—A Dios quiero, padre, ¿qué haré?—Si tenéis la casa sucia, barredla; y si hiciere polvo, sacad agua y regadla.

Algunos habrá aquí que habrá diez meses, por ventura más, que no habréis barrido vuestra casa. ¿Qué mujer habrá tan sin limpieza que, teniendo un marido muy limpio, esté diez meses sin barrer la casa? ¿Cuánto ha que os confesasteis? Hermanos, ¿no os rogué la cuaresma pasada que os acostubrasedis a confesaros algunas veces entre año? Saltan las Pascuas y días de Nuestra Señora y otras fiestas principales del año, y creo que lo debéis de tener olvidado. Plega a Nuestro Señor que no os lo pongan por capítulo en el día del juicio, al tiempo de vuestra cuenta. Y si dijereis: «No lo supe, por eso no lo hice», deciros han: «Ya os lo dijeron, ya os lo vocearon, ya os lo sudaron, ya no aprovecha nada quebrarse la cabeza, ni lo quisisteis hacer». Hermanos, cada día pecamos. Si flojos habéis sido hasta aquí en barrer vuestra casa, tomad ahora vuestra escoba, que es vuestra memoria. Acordaos de lo que habéis hecho en ofensa de Dios y de lo que habéis dejado de hacer en su servicio, idos al confesor y echad fuera todos vuestros pecados, barred y limpiad vuestra casa.

Después de barrida, ande el agua para regarla. —No puedo llorar, padre. —Y cuando muere vuestro marido o hijo se os pierde alguna poca de hacienda, ¿no lloráis? —Tanto, padre, que estoy para desesperar. —Pobres de nosotros, que, si perdernos una poca de hacienda, no hay quien te pueda consolar, y que te venga tanto mal como es perder a Dios —que eso hace quien peca—, y que tienes el corazón tan de piedra, que son menester acá predicadores y confesores y amonestadores para que me tornes una poca de pena! Y no basta esto, sino que estimas en más el real que pierdes que cuando pierdes a Dios. Que no haya quien te consuele, ni bastan frailes, ni clérigos, ni amigos, ni parientes en la nonada, ¿y que en lo que tanto pierdes no te entristezcas? ¿Qué

es esto, sino que tienes tanta tierra en los caños que van del corazón a los ojos, que no deja pasar el agua, y porque amas poco a Dios, sientes poco en perderle?

—¿Qué hace que tengo el corazón duro y no puedo llorar? —De los tiempos aparejados que hay en todo el año, es éste para los duros de corazón. Tengan el tiempo santo en que estamos, tengan esta semana por tan santo tiempo como lo hay en todo el año. Es semana santa, y si esta semana gastáis bien gastada y os aparejáis como sabéis, cierto se os quitará la dureza del corazón.

—Padre, tengo el corazón duro, ¿qué haré? —*Dice Dios: Yo traeré unos días en que os quitaré el corazón de piedra y os daré otro de carne.* ¿Cuándo se hace esto? Cuando Verburn caro facturo est, cuando Dios se hizo hombre; cuando se hizo carne, da corazones de carne; cuando Dios se hizo tan tierno, cuando de aquí a ocho días veréis a Dios hecho niño, en un pesebre puesto, verlo hecho carne, y porque la carne es blanda, por eso está Dios blando, y no es mucho que os dé corazones blandos. Allegaos al pesebre y pedidle con fe: Señor, pues que tú te ablandaste, ablándame a mí [el] corazón. Y de esta manera sin ninguna duda os dará Dios agua para que reguéis vuestra casa llena de polvo. ¿Qué es menester más para el huésped que viene muerto de hambre y de frío y desnudo? Que busquéis qué coma y qué se vista, y que lo calentéis.

Decirme ha alguno: —Padre, ¿ya no está reinando en el cielo? Ya no ha hambre, no siente desnudez. — Hermanos, aunque esté en los cielos, en la tierra también está (no sólo en el Santísimo Sacramento), porque, aunque la Cabeza está en el cielo, el Cuerpo está en la tierra. Decid: Si os predicara yo ahora: esta Pascua vendrá Jesucristo, pobrecito, desnudo, como nació en Belem, a vuestra casa, ¿no lo recibiríais? ¿No tienes pobres en tu barrio? ¿No tienes desnudos a tu puerta? Pues si vistes al pobre, a Jesucristo vistes; si consuelas al desconsolado, a Jesucristo consuelas, que El mismo lo dice: lo que a uno de estos hiciéredes, a mí lo hacéis. No te mates ya diciendo: ¿Quién estuviera en Belem para recibir al Niño y a su Madre en sus entrañas? No te fatigues, que si recibieres al pobre, a ellos recibes; y si de verdad creyereis esto, andaríais más solícito a buscar quién hay pobre en esta calle, y os saltearíades unos a otros para desnudos, hartad los hambrientos, y no os contentéis con dar una blanca túnica o una cosa poca, sino dad limosnas en cantidad, pues que así os lo da Dios; no seáis cortos en dar, pues Dios es tan largo en daros a vosotros; no deis blanquillas por Dios, pues que Dios os da a su Hijo a vosotros. Haced limosnas para recibir bien esta Pascua a Cristo.

Hermanos, este que viene es amigo de misericordia, hálleos con misericordia. —¿Falta alguna cosa, señor? —Sí, falta, y creo que es la más principal, y es que sepáis que el nombre de Jesucristo es el Deseado de todas las gentes. ¿Cómo entenderán esto las señoras monjas? ¿Cómo se llama Cristo? *Desideratus cunais gentibus.* ¡Qué lástima es ver que sea 'Dios poco amado y deseado, qué lástima es que tengáis un hijo enfermo y que le pongáis un capón aparado y con su lima, que él mismo se está comido, y que diga: «No puedo arrostrar ese manjar, quitadle allá y que se pierda»! Pues si es lástima que se pierda este manjar, ¡qué lástima será, para quien lo sintiere, ver que no sea amada y deseada aquella suma Bondad! Señor, ¿quién no se come las manos tras de ti y te desea noche y día? ¿Quién no pierde el sueño por tí? *Mi ánima te desea de noche. Anima mea desiveravit te in nocte. Spiritu meo in praecordiis meis de mane vigilabo ad te,* dice Isaías. *De noche te deseó mi ánima y mis entrañas te desearon, y por la mañana me levantaré a alabarte;* no estaré dormido en las vanidades de esta vida, sino por la mañana me levantaré a alabarte. ¡Oh, si supiesen los hombres cuán sabrosa música y alborada es a Dios levantarse un hombre de noche a desearle y por la mañana a alabarle! Los corazones se nos quebrarían. Una de las mayores faltas que hay en nosotros es no tener deseo de Dios. Porque el negro azor está harto de carne, aunque lo llame su dueño, no quiere venir. ¿Cómo sentís tan poco el deseo de Dios? Porque estáis hartos de carne mortecinas y de víboras? Me olvidé de comer mi pan. Si estáis hartos de pecados, ¿qué mucho que no tengáis hambre de Dios?

El nombre de Jesucristo es el Deseado de todas las gentes. Antes que viniese, deseado de todos los patriarcas y profetas; todos suspirando: ¡Señor, catad que os deseamos, venid a remediarnos! Deseado de la Sacratísima Virgen y deseado de todos. *Beati omnes qui exspectant te,* dice Isaías. Hermanos, si vinieren pecados esta semana, no los recibáis, decildes: «Andá que estoy esperando a un huésped». Si viniese alguno a que juguéis, decid: «No quiero, que estoy esperando que ha de venir Dios». Gran freno se ha puesto en su boca y en sus obras el que está esperando a Dios. Lo que has de hacer, suspirar por Dios. ¡Señor, tú solo mi bien y mi descanso; fálteme todo y no me faltes tú; piérdase todo y no tú! Aunque me quieras quitar todo cuanto me quieres dar, dándome a ti no se me da que me falte todo.

Quiere Dios que le quieras tanto, como una mujer que está bien casada, que, aunque se pierda todo, se le da poco, como quede con su marido. ¿Tienes a Dios y estás penado porque te levantan testimonios? Dejó Dios

su casa y a su madre, perdió su fama y vida y se puso en una cruz desnudo por ti, ¿y tú, con tener a Dios por tuyo, no dices que no te falta nada? ¿Qué dirá Dios? Me tienes a mí, ¿y no te contentas?

Dios viene a vosotros, el Deseado de todas las gentes. ¿Qué sabor tomáis en El? ¿No te sabe bien? No, pues, por falta de no hacerse sabroso. Anselmo: Dice el enfermo que no lo puede comer cocido, y porque te supiese mejor, fue Dios asado con tormentos; en fuego de amor en la cruz asan a Dios para que te sepa mejor a ti; porque tanto cuanto a El más le atormentan, más descanso es para ti. Sabroso fuera

Dios sin esto, mas porque te sepa a ti mejor, lo padece, porque, considerando tú que lo padece por ti y por tu amor, mientras más padeciéres, más sabroso te será. ¿Cómo no hallas sabor en Dios, muerto por ti? ¿Y no hallas tú sabor en El? Algún mal humor debes tener en el estómago; pírgalo, échalo fuera. Dice el enfermo: «Flaco estoy, córtémelo, que no lo puedo partir». ¿Qué son los azotes, los clavos y la lanzada, sino partírle aquella carne santa, para que, mientras más atormentado, más sabroso te fuese?

Dios está enclavado por ti, ¿y tú no lo deseas? ¿No hallar sabor en un Dios muerto por ti? Algún pecado hay en ti que lo estorba, búscale, échalo fuera, y toda esta semana haz buenas obras; confesaos, haced limosnas, desead a Dios, suspira por El de corazón. Señor mío, según mi flaqueza os he aparejado mi pobre casilla y establo; no despreciéis vos, Señor, los lugares bajos, no despreciasteis el pesebre y el lugar de los condenados. Y por eso quiso El nacer en establo, para que, aunque yo haya sido malo y mi corazón haya sido establo de pecados, confíe que no me menospreciará. Señor, aunque yo haya sido malo, me he de aparejar, como he podido; con vergüenza de mi cara lo digo: «Aparejado tengo mi establo; venid, Señor, que el estabillito está barrido y regado. Establo soy, supla vuestra misericordia lo que en mí falta, provea lo que yo no tengo». Y si así os aparejáisedes, sin ninguna falta verná.

Plega a su misericordia que de tal manera nos aparejemos, que El nazca en nosotros, que nos dé aquí su gracia y después su gloria. Amén.

(SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones Ciclo temporal. Domingo III de Adviento*. Ed. BAC, Madrid, 1970. pag 52-67)

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy hay una pregunta que se repite tres veces: «¿Qué cosa tenemos que hacer?» (Lc 3, 10.12.14). Se la dirige a Juan el Bautista tres categorías de personas: primero, la multitud en general; segundo, los publicanos, es decir los cobradores de impuestos; y tercero, algunos soldados. Cada uno de estos grupos pregunta al profeta qué debe hacer para realizar la conversión que él está predicando. A la pregunta de la multitud Juan responde que compartan los bienes de primera necesidad. Al primer grupo, a la multitud, le dice que compartan los bienes de primera necesidad, y dice así: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo» (v. 11). Después, al segundo grupo, al de los cobradores de los impuestos les dice que no exijan nada más que la suma debida (cf. v. 13). ¿Qué quiere decir esto? No pedir sobornos. Es claro el Bautista. Y al tercer grupo, a los soldados les pide no extorsionar a nadie y de contentarse con su salario (cf. v. 14). Son las respuestas a las tres preguntas de estos grupos. Tres respuestas para un idéntico camino de conversión que se manifiesta en compromisos concretos de justicia y de solidaridad. Es el camino que Jesús indica en toda su predicación: el camino del amor real en favor del prójimo.

De estas advertencias de Juan el Bautista entendemos cuáles eran las tendencias generales de quien en esa época tenía el poder, bajo las formas más diversas. Las cosas no han cambiado tanto. No obstante, ninguna categoría de personas está excluida de recorrer el camino de la conversión para obtener la salvación, ni tan siquiera los publicanos considerados pecadores por definición: tampoco ellos están excluidos de la salvación. Dios no excluye a nadie de la posibilidad de salvarse. Él está —se puede decir— ansioso por usar misericordia, usarla hacia todos, acoger a cada uno en el tierno abrazo de la reconciliación y el perdón.

Esta pregunta —¿qué tenemos que hacer?— la sentimos también nuestra. La liturgia de hoy nos repite, con las palabras de Juan, que es preciso convertirse, es necesario cambiar dirección de marcha y tomar el camino de la justicia, la solidaridad, la sobriedad: son los valores imprescindibles de una existencia plenamente

humana y auténticamente cristiana. ¡*Convertíos!* Es la síntesis del mensaje del Bautista. Y la liturgia de este tercer domingo de Adviento nos ayuda a descubrir nuevamente una dimensión particular de la conversión: *la alegría*. Quien se convierte y se acerca al Señor experimenta la alegría. El profeta Sofonías nos dice hoy: «Alégrate hija de Sión», dirigido a Jerusalén (*Sof 3, 14*); y el apóstol Pablo exhorta así a los cristianos filipenses: «Alegraos siempre en el Señor» (*Fil 4, 4*). Hoy se necesita valentía para hablar de alegría, ¡se necesita sobre todo fe! El mundo se ve acosado por muchos problemas, el futuro gravado por incógnitas y temores. Y sin embargo el cristiano es una persona alegre, y su alegría no es algo superficial y efímero, sino profunda y estable, porque es un don del Señor que llena la vida. Nuestra alegría deriva de la certeza que «el Señor está cerca» (*Fil 4, 5*). Está cerca con su ternura, su misericordia, su perdón y su amor. Que la Virgen María nos ayude a fortalecer nuestra fe, para que sepamos acoger al Dios de la alegría, al Dios de la misericordia, que siempre quiere habitar entre sus hijos. Y que nuestra Madre nos enseñe a compartir las lágrimas con quien llora, para poder compartir también la sonrisa.

(PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, domingo 13 de diciembre de 2015)

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.